

El ritual de la escritura y el juego en “Los Vigilantes” de Diamela Eltit

Josefina Marambio Márquez¹

Resumen:

En la novela de Diamela Eltit, *Los Vigilantes*, encontramos un desarrollo central de la temática del poder que se impone sobre los sujetos por medio de diversos mecanismos. Ante esta imposición, los individuos acuden a distintos recursos para neutralizar esa fuerza dominante que impera, en este caso, a los actos como rituales, que en esta obra estarán constituidos principalmente por la escritura y el juego. Este ensayo analiza cómo dichos actos interfieren en el desarrollo de la novela con respecto a las relaciones de imposición del poder y violencia, tomando en cuenta los planteamientos de Girard respecto al rito, y las reflexiones sobre ellos que realiza Taft. Además, se plantea la idea de cómo la risa se presenta como una vía paralela de escape ante la imposición de ideas (refiriéndome, en este caso, a los planteamientos de Bajtin).

1.- Advertencia:

Me gustaría realizar una advertencia antes de comenzar formalmente el desarrollo de esta exposición. Para poder expresarme con mayor claridad, citaré las palabras de la misma autora de la novela que he trabajado, Diamela Eltit:

“La organización simbólica que contiene la escritura literaria es tan extensa y por ello inasible, tan múltiple, a la vez, que cualquier intento por cercarla es sólo un gesto reductor, una parodia simplificada de la energía que la posibilita, una referencia asfixiada a su paisaje, apenas un simulacro de su transcurso” (*Emergencias* 177).

Me parece fundamental señalar que la presentación que viene a continuación, es sólo un grano de arena más con respecto al gran universo que se nos presenta en *Los Vigilantes*. Como bien dice Eltit, no debemos limitar los sentidos de las obras: aquí expondré una de las tantas reflexiones e ideas que surgen a partir de esta novela, para que en vez de cercar o asfixiar a este texto, le demos un espacio ilimitado y una bocanada de aire que nazca de la diversidad de lecturas.

1.- Exposición preliminar.

Ahora que se hallan claras las reglas del juego, comenzaré mi presentación.

¹ Estudiante de Literatura. Universidad de Chile

En la novela *Los Vigilantes* (1994) de Diamela Eltit, nos encontramos con la narración de dos personajes: el Hijo, y la Madre de este. En el transcurso del relato, se nos da cuenta de las actividades en que ambos ocupan su tiempo: el Hijo se concentra en sus juegos, y la Madre principalmente en escribir. A simple vista podemos observar que dichas acciones tienen en común el elemento de la *repetición ritual*.

A continuación me propongo ahondar un poco más en el funcionamiento de estos procesos, y ver cómo su evolución afecta a los personajes y hechos dentro de la novela.

En primer lugar, me gustaría revisar el sentido que Sylvia Tafra recoge respecto del tema del ritual en su libro *Diamela Eltit: El rito de pasaje como estrategia textual*, en el cual basa sus planteamientos en las propuestas de diversos autores, principalmente René Girard.

En el ensayo de Tafra se postula que en los momentos de cambio o crisis, el ser humano recurre a los ritos como modo de anular el traumatismo que provoca dicha situación como hecho de violencia. El modo en que funciona esta neutralización, es por medio de la repetición simbólica de un acto, correspondiente al ritual.

En la novela, los rituales se nos comienzan a revelar en el momento en que, producto de la expulsión escolar del Hijo, empieza la vigilancia por parte de los vecinos; del ser indefinido y superior al que llamaré “el Padre”; y de la Madre de este ser, la cual jugaría el papel de representante concreta de esta entidad superior a la cual la narradora dirigirá sus cartas en la segunda parte de la novela.

El rito, para Sylvia Tafra, también ejercería la función de unificar a la comunidad. En *Los Vigilantes* podemos advertir que esto no se cumple siempre, ya que por ejemplo, la escritura aleja a la narradora del Hijo: “Mamá me da la espalda para meterse en esas páginas de mentira” (*Los Vigilantes* 17). Por otra parte, están los juegos del niño, que en cierto momento unirán a Madre e Hijo. No obstante, esta situación corresponderá a algo momentáneo. Será el ritual de acoger a los desamparados, lo que realmente logrará unificar a esta comunidad de seres marginados por *Occidente*. Sin embargo, este ritual será interrumpido por la fuerza del Padre que se impone: será imposible anular su omnipotencia por medio del rito, ya que Él mismo será quien prohíba dichas reuniones. Trataré este tema con mayor profundidad más adelante.

Continuando con la línea de pensamiento planteada por Tafra, la configuración del ritual también es definida como medio para evitar la pérdida de jerarquías y la inversión de los roles. Esta característica la veremos claramente reflejada en el caso de la escritura, ya que por medio de ella la Madre se vuelve inferior, sometiéndose a la difusa figura a la cual destina sus cartas. No obstante, al romperse la repetición ritual de este acto, la jerarquía se desbarajusta, provocando la liberación de la Madre con respecto a la ya mencionada imposición y vigilancia.

Teniendo en cuenta esta definición general de la ritualidad, revisaré con mayor detalle cómo funcionan estos dos ritos, escritura y juego, dentro de la obra.

3.- El rito de la escritura

Comenzaré con el rito de la escritura llevado a cabo por la Madre. Este acto es realizado por ella durante la noche: constantemente menciona el amanecer y atardecer en sus escritos. La enunciación de su discurso es planteada de manera epistolar, sin embargo, en él nunca se especifica a quién se escribe, ni dónde se encuentra este receptor, ni desde dónde se provoca la emisión. El lector debe deducir por medio del relato, que es al padre del Hijo a quien esta mujer escribe, contándole su situación actual, que se ve complicada por la expulsión escolar del niño.

Tafra define la escritura como “el juego del significante (de lo semiótico) cuyo referente es siempre lo inconciente” (18), por lo tanto, se puede señalar que el acto que la Madre *ritualiza* corresponde a un nivel interior-sicológico; el cual se verá complementado desde un opuesto exterior-corporal, con los juegos del Hijo.

Por otra parte, la palabra permite explorar las posibilidades del lenguaje, y de este modo significar lo *no dicho*, adquiriendo un carácter polifónico. Así, el texto afirmaría su independencia alterando los códigos, desestabilizando el orden y cuestionando las estructuras (Tafra 18). En ese sentido, la Madre se presenta en la novela intentando aquello, pues se encuentra en una constante lucha, la cual la hace vacilar entre dos polos, rebeldía y sumisión. Revisemos un ejemplo concreto de esto: en una carta, la Madre escribe: “Sólo pienso ahora, durante todos mis ataridos minutos, en qué muerte será digna de tu cuerpo y cuál de todas las heridas estará al alcance de mi mano” (*Los Vigilantes* 47). Queda clara su intención de cometer un acto que elimine a ese ser que la domina. No obstante, en la página siguiente la narradora enuncia: “Debo disculparme y reconocer que mis palabras fueron precipitadas, guiadas por un torpe e infantil enojo. Quiero que perdones mis ofensivas y letales imágenes” (*Los Vigilantes* 48). Asustada, reconociendo su inferioridad, la Madre adopta una actitud sumisa y retira la amenaza proferida en la carta anterior, no sabemos si por un miedo que nace a partir de ella misma, o por una posible respuesta por parte del Padre, que nosotros como lectores no conocemos.

De este modo, la escritura no funcionaría como un ritual para anular esa fuerza superior que provoca cambio, ya que este acto ha sido impuesto por un *otro* que lo llena de valor: ese *otro* es precisamente la entidad que se busca anular. “Insistes en el imperativo de la correspondencia y en mi obligación de responder tus cartas” (*Los Vigilantes* 60), dice la narradora, acentuando el carácter de imposición de dicha actividad.

Sin embargo, el hecho de que sea algo impuesto, no impide que el escribir se constituya en un ritual, característica que se verá intensificada por el momento en que esto ocurre: entre el atardecer y el amanecer. La misma Madre nos entrega claves para comprender el por qué realiza dicha actividad sólo en aquellos instantes: “Amanece mientras escribo (...) Hoy amanece y amanece en esta calle, debido a la poderosa actividad apática de la naturaleza que sólo sabe repetir la monotonía...” (*Los Vigilantes* 117). Esta última palabra es clave para la comprensión de la escritura como rito. El hecho de que las cartas sean escritas siempre en el mismo momento, acentúa la idea de *repetición ritual*, y más aun si para la propia narradora, el amanecer es representante de la monotonía por excelencia. Lo mismo ocurre con el atardecer, que es definido por la Madre como “el momento más difícil del día pues en esas horas se anuda la existencia de una infinita repetición” (*Los Vigilantes* 73).

No deja de ser simbólico además, que este ritual sea llevado a cabo cuando el astro principal, es decir, el Sol, no se encuentra en el firmamento. “Hoy el temor se ha retirado de mi con la misma fuerza que el sol en estos momentos desaparece opacado por el atardecer” (*Los Vigilantes* 111), escribe la Madre. La imagen del Sol ha sido constantemente interpretada como símbolo de autoridad y superioridad. Para confirmar este planteamiento, basta que revisemos las religiones de algunas culturas que lo veneraban como dios principal (para la cultura inca era Inti; para la egipcia, Ra, etc.). En ese sentido, la Madre realizaría el acto de escritura en la noche, puesto que esto reforzaría el supuesto propósito de anular la fuerza dominante por medio del ritual.

Pero, como ya se mencionó, la escritura como rito fracasa, pues es impuesta por aquella fuerza superior que se intenta anular por medio de las palabras. Es por eso que la Madre comenzará a buscar otros actos para cargarlos con el sentido del ritual. El

hecho de acoger a los desamparados, será la salida más viable, puesto que es la verdadera forma de romper esa atadura con el Padre. “Mientras les abría el portón, creí escuchar una música desconocida para el pentagrama, un sonido ritual incomprensible” (*Los Vigilantes* 106), dice la Madre en el instante en que recibe a los desamparados. Otro momento fundamental será cuando los bañe: “Me vi en la necesidad de lavar sus cuerpos (...) Fue una búsqueda, un conocimiento, un estremecimiento mutuo. Las mujeres se entregaron a mis manos como si fuera un amante o una divinidad que las estaba aliviando...” (*Los Vigilantes* 97).

A partir de este acto, podemos advertir como la Madre *compite* con el Padre por el poder, el cual da la independencia de realizar las acciones libremente, sin depender de una entidad superior. Girard, denomina esta situación como *rivalidad mimética*, la cual consta en un conflicto provocado por los deseos de dos o más sujetos que anhelan un mismo objeto. En ese sentido, el rito vendría a imponerse como una manera de neutralizar dicha amenaza de violencia competitiva, por medio de una simulación que vendría a contrarrestar el peligro real.

Es por este motivo que la Madre no logra dar continuidad al acto de acogida de los desamparados, ya que la vigilancia de los vecinos, y los rumores de estos mismos finalmente provocarán la furia del Padre y la amenaza del juicio: “Si no te escribo, dices, tomarás una decisión definitiva. Veo que le otorgas a la letra un valor sagrado y de esa manera me incluyes en tu particular rito sin importarte mis dificultades” (*Los Vigilantes* 60) Así, la narradora continúa con la escritura como ritual, dejando de lado a los desamparados ya que el Padre ha logrado triunfar en esta *crisis mimética*, que según Girard, es el momento en que se lleva a cabo un proceso de indiferenciación y pérdida de los roles. Esta situación estuvo a punto de ocurrir, a partir del *intento de rebelión* por parte de la Madre, que sin embargo se ve aplacado a causa de la amenaza concreta del juicio planteado por el Padre.

De este modo, el hecho de que la Madre continúe escribiendo será el sacrificio que permitirá el desenlace final de la novela. Para Girard, en el momento en que se produce una *crisis mimética*, los actos rituales requieren una canalización de los conflictos y violencias por medio del sacrificio, que vendría a mantener el orden establecido, evitando la *crisis sacrificial*, potencial momento en que se perdería el control de la situación y el caos llegaría a la comunidad. En ese sentido, la Madre se *sacrifica* escribiendo:

“Pero continúo escribiendo levemente a la manera de un interrogatorio realizado con instrumentos fríos al hombre que fuera capturado a la mitad de la noche, únicamente para agraviar su cuerpo que, aunque siga respirando, terminará mutilado después que transcurran las horas pesadillescas que jamás serán imaginadas por los sobrevivientes. Te escribo lentamente como respiró el hombre antes de la mutilación, sometido a las peores humillaciones que lo humano pudiera infligir a lo humano” (*Los Vigilantes* 102 – 103).

Inmediatamente vemos que el acto de escritura es desagradable para la Madre, va contra sus deseos, causándole sufrimientos. Entonces, el sacrificio se configurará como un hecho de violencia para eliminar otra situación de violencia. En conclusión, y siguiendo las palabras de Girard: “No se puede prescindir de la violencia para acabar con la violencia” (33).

De todos modos, a pesar del sacrificio de la Madre, podemos advertir que ella seguirá buscando incorporarse a otro rito, esta vez, tratando de integrarse al del Hijo: “Tu hijo y yo nos hemos trenzado en un complejo desafío. Me propone acertijos que yo debo resolver. Sé que hay una clave, una leyenda, un rito, una puesta en escena, una provocación en cada una de las ordenaciones” (*Los Vigilantes* 92) cuenta la narradora

refiriéndose al juego de las vasijas. Estos juegos tranquilizan a la Madre (“Juega entre sus vasijas con una serenidad que me llena de calma” (*Los Vigilantes* 87)), sin embargo, ésta no puede adoptarlos como ritual, ya que ella es ajena a esa realidad y nunca logrará comprenderla: “Pero, cuando le digo: ‘es la ciudad’, tu hijo se ríe y comprendo que me he equivocado” (*Los Vigilantes* 93).

Cuando la novela está llegando a su término, la Madre decidirá marcharse de la casa, optando por desligarse del ritual impuesto, iniciando un vagabundeo por la ciudad junto a su Hijo. Este abandono del hogar calza con el fin de la escritura por parte de la Madre: “Mamá ahora no escribe porque busca confundirse con la noche” (*Los Vigilantes* 121), dirá el Hijo, quien a su vez proclamará el fracaso casi total del rito de escritura de su madre: “El fracaso de mamá nos volvió nocturnos (...) Gracias a mí, la letra oscura de mamá no ha fracasado por completo” (*Los Vigilantes* 122). De este modo, apreciamos cómo el quiebre del ritual de la escritura provoca un cambio violento (el abandono del hogar) y la inversión de las jerarquías. Ahora será el Hijo quien narrará, será Él quien se moleste por la risa de su madre, Él quien deba arrastrarla hacia las fogatas. De este modo, la primera parte de la novela aparece invertida por medio de una reescritura, que conforma la tercera y última fracción de *Los Vigilantes*: a partir de este instante será el Hijo quien enmendará los errores de su Madre. “Arruinó su letra y yo ahora debo corregirla” (*Los Vigilantes* 127), declara el Hijo.

De este modo, percibimos el fracaso (desde la perspectiva del Hijo), del ritual de la escritura que llevó a cabo la Madre. Sin embargo, para esta resulta más un triunfo que una derrota, ya que aparentemente logró desligarse de aquello que la atormentaba: la figura del Padre.

4.- El rito del juego.

Por otra parte, tenemos los juegos del Hijo como un segundo gran acto ritual presente en la novela. La Madre plantea que estos juegos son la forma en que el Hijo pasa el tiempo, no obstante, siguiendo con la idea inicialmente enunciada, diremos que estos corresponden al rito que surge con la crisis de la expulsión del colegio.

Estos juegos van evolucionando a lo largo de toda la narración, siendo el personaje de la Madre, quien nos dará cuenta de ello. Primeramente, el Hijo juega recorriendo las habitaciones, reconociendo los lugares: “Aparece divino cuando pasa de habitación en habitación y deja de lado sus terribles carcajadas para realizar pequeños actos de valor universal” (*Los Vigilantes* 36), menciona la Madre, apuntando desde el principio a la superioridad del actuar del Hijo: son más que simples juegos, puesto que ellos le permitirán aprender cosas que en la escuela no le han enseñado. Posteriormente, el juego se transformará en un *juego corporal*, en el que mediante “apariciones y desapariciones, su cuerpo se ausenta y se presenta, se cae y se levanta” (*Los Vigilantes* 52). La misma Madre reconocerá en este caso, que el cuerpo del Hijo es *el reducto de la ceremonia*. De este modo, como ya se había enunciado, el ritual del Hijo se planteará por oposición al de la Madre: en este caso, el elemento central para el rito será el cuerpo.

Posteriormente, el Hijo comenzará a jugar con objetos y a perseguir cosas que la Madre no ve, causando las carcajadas que tanto molestan a esta y los vecinos. No obstante, dichas persecuciones terminarán y se tornarán en la concentración de los muebles al centro del cuarto, lugar en el que el Hijo se refugiará. Con la llegada del verano, el juego será “con los objetos, como si fueran obstáculos que él debiera franquear” (*Los Vigilantes* 69), y posteriormente con los olores, momento en el que la Madre intenta ingresar al lúdico ritual. Finalmente, aparecerá el juego de las vasijas, el cual sólo será interrumpido por el juego de la ropa, que sin embargo, el Hijo olvidará

con rapidez para continuar con el anterior. Este juego de las vasijas es descrito por la Madre de la siguiente manera: “Las vasijas están rigurosamente dispuestas en el centro del cuarto formando una figura de la cual no entiendo su principio y menos su final” (*Los Vigilantes* 76). Así, vemos como se presenta una evolución en los actos del Hijo, el cual poco a poco va buscando el juego que más le acomode a Él como rito, para neutralizar el posible impacto de la expulsión escolar. Será esta forma del ritual (juego de vasijas) la que finalmente atraparé al Hijo, dando la sensación de que el proceso de complejización de sus actos ha llegado a un momento culmine, alcanzando su punto de perfección ritual: “Terminamos de ordenar las vasijas a lo largo de toda la casa. Hemos logrado una distribución que nos parece prodigiosa y que jamás podría haber sido concebida de una manera tan perfecta” (*Los Vigilantes* 115).

De este modo, el ritual para el Hijo alcanzará un sentido contrario que en el caso de la Madre: esta intentó unirse a los juegos que no le correspondían, y también interrumpió su verdadero rito (acoger a los desamparados) por continuar un acto impuesto: la escritura. Sin embargo, el Hijo indagará en distintos juegos hasta encontrar aquel que lo satisfaga completamente como ritual, superando los problemas que le causa su risa, que es el producto de estos juegos-rito.

Como ya se había mencionado, la risa molestará profundamente tanto a vecinos como a la misma Madre: “No te imaginas cuánto pueden afligirme las carcajadas de tu hijo” (*Los Vigilantes* 55); “Que los vecinos se quejen ante tu madre por los ruidos de las carcajadas de tu hijo me parece vil (...) he intentado todo para detener las carcajadas, y me ha sido imposible” (*Los Vigilantes* 69).

Frente a esta situación, me parece que es importante cuestionarse: ¿Por qué esta repulsión a la risa? Para explicar una posible respuesta, tomaré las ideas que Bajtín propone respecto al tema.

La risa es planteada por él como la consecuencia de una visión paralela al sentido único de la realidad establecida por la autoridad, por lo tanto una sociedad dogmática y autoritaria no la acepta. La risa no es de la elite, ya que funciona como un mecanismo de defensa de los que no tienen poder, permitiéndoles de esta forma, luchar contra ese orden instituido por los sectores dominantes de la sociedad. Este es el caso del mundo presentado en *Los Vigilantes*: no está permitida la multiplicidad de tonos en el pensamiento, pues esto sería salirse de las reglas que impone *Occidente*. La madre evidentemente intenta liberarse de dichas normas, mas teme hacerlo, costándole tomar la decisión final. Sin embargo, el Hijo, con una simple carcajada es capaz de expresar su oposición a ese sistema único que se impone. Así, la risa funcionaría como un potencial de desjerarquización, el cual permitiría dar pie a este cambio que comienza con el abandono de Madre e Hijo del hogar, y que en el fondo es el desbarajuste del poder y las jerarquías al final de la novela: la Madre se desliga de la figura del Padre, el Hijo se independiza de la tutela maternal, y se convierte a la vez en un protector y guía de ella: “Ahora yo domino esta historia. Llevo a mamá por mi propio camino” (*Los Vigilantes* 126) declarará el Hijo, comprendiendo la situación.

A partir de esta explicación podríamos entender el rechazo que causa la risa del Hijo a los otros personajes de la novela: este rechazo nace del miedo a no formar parte de la entidad oficial, conformada en este caso, por *Occidente*, que correspondería con los ideales de “‘el orden contra la indisciplina’, ‘la lealtad frente a la traición’, ‘la modernidad frente a la barbarie’, ‘el trabajo frente a la pereza’, ‘la salud frente a la enfermedad’, ‘la castidad frente a la lujuria’, ‘el bien’” (*Los Vigilantes* 110). Las entidades de poder se han apoderado de estos lemas, para así poder controlar y configurar una ciudad *a su propio gusto*. Así, la novela completa será un proceso para desligarse de esas ataduras, por medio del acto ritual.

5.- Palabras finales.

De este modo vemos cómo efectivamente la escritura, el juego y otras acciones dentro de la novela *Los Vigilantes*, adquieren una importancia más allá de meros actos realizados por los personajes, sino que se vuelven fundamentales para lograr entender desde cierta perspectiva (en este caso, la ritualización de dichas acciones), una de las temáticas centrales de la obra, que es la configuración de las relaciones de poder, y como los sujetos buscan diversos procesos para desligarse de ideologías y formas de vida que no representan su pensamiento, como ocurre en el caso de la Madre, quien en esta novela recurre al rito como parte de una búsqueda por romper esos hilos formados principalmente por el miedo y la sumisión que la atan a esta figura del Padre, que domina su existencia y la del Hijo. Finalmente, serán los rituales del juego y la escritura, los que ayudarán a la anulación de aquella fuerza superior e indefinible:

"Con gran trabajo mamá y yo nos arrastramos, enredando nuestras piernas y la baba y la BAAAM, BAAAM, risa que nos queda. Ahí está el cielo que hace tiempo ya esperamos y lo recibimos con una renovada risa que BAAAM, BAAAM, atraviesa la noche. AAAAY, nos acercamos al fulgor constelado para quedarnos en este último, último, último refugio. Las miradas que nos vigilaban apabullantes y sarcásticas no pueden ya alcanzarnos" (Los Vigilantes. Pag. 129).

Bibliografía

1. Bajtin, M. "De los apuntes de 1970 – 1971" *Estética de la creación verbal*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1998.
2. Eltit, Diamela. *Los Vigilantes*. Chile: Editorial Sudamericana Chilena, 1994.
3. *Emergencias, escritos sobre literatura, arte y política*. Chile: Grupo Editorial Planeta, 2000.
4. Girard, René. *La violencia y lo sagrado*. España: Editorial Anagrama, 1995.
5. Tafra, Sylvia. *Diamela Eltit: El rito de pasaje como estrategia textual*. Chile: RIL Editores, 1998.